

Contada así, a grandes rasgos, quizá esta historia parezca incongruente. Pero no cabe duda: a Bioy Casares le preocupa llegar a esa especie de catarsis criolla, heroica, y reanudar el hilo de la tradición argentina, de una de las tradiciones argentinas, jalonadas por rebeldes que encontraron su verdadera dimensión en la muerte violenta y noble. Se recuerda el espíritu del *Martín Fierro* y se recuerda el espíritu de Jorge Luis Borges inventándole a Martín Fierro nuevos duelos y nuevas cuestiones de honor (2). Todo lo cual significa solamente una cosa: que la tradición literaria argentina, al menos la representada por estos dos escritores, ha sabido manipular técnicas modernas y recursos literarios de vida más o menos efímera, de mayor o menor autenticidad, pero sin perder nunca contacto con el ideal libertario, soledoso y viril del mítico gaucho. En suma, una paradójica regeneración contemporánea del tango.—EDUARDO TIJERAS.

TERTULIA DE URGENCIA

Octavio N. Derisi, rector de la Universidad Católica. Argentina Santa María de los Buenos Aires, ha escrito unas páginas luminosas sobre la «Cultura latina» en la revista Sapientia, órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad que regenta, en el número correspondiente a julio-septiembre de 1962.

La cultura es la penetración del espíritu en la naturaleza de las cosas y del propio ser—material y espiritual—del hombre para transformarlo e impregnarlo de su intencionalidad intelectual y volitiva.

Frente a la obra natural de Dios surge la cultura, obra del hombre. Los bienes que se transforman son los específicos del hombre. Por la inteligencia el hombre se abre a la trascendencia en busca de la Verdad en sí (actividad contemplativa o teórica); por la voluntad busca el bien de la actividad libre (actividad moral) o del bien y belleza exteriores (actividad artística y técnica), y en definitiva, el Bien y la Belleza infinitas.

Se establece una jerarquía orgánica de las diferentes regiones de la cultura—técnica y arte, moral y ciencias morales, filosofía y ciencias bajo su dependencia—ordenadas al bien del hombre.

Pero para que esta actividad espiritual sea una auténtica cultura

(2) J. L. BORGES: *El fin*. Narración publicada en «Ficciones» (Emecé) y en la revista «Ficción».

debe nutrirse de una concepción verdadera del hombre. Los múltiples intentos de cultura están realizados diversamente de acuerdo a la concepción del hombre: la teocracia judaica, la inmortalidad material egipcia, la organización política y guerrera de Esparta, el cultivo del arte y la filosofía en Grecia... El perfeccionamiento del hombre y de las cosas es lo mismo que su plenitud o acto ontológico, su bien, el cual se consigue por la consecución de los bienes antes mencionados en el orden jerárquico que corresponde.

Históricamente hay culturas que han logrado realizar aspectos de ese perfeccionamiento, pero, en principio, sólo hay una cultura que sea plenamente tal: la que realiza el bien total del hombre. Esta cultura, sin embargo, no es necesariamente única y está sujeta a circunstancias históricas que le imprimen un estilo propio.

Esto lo logró la Filosofía griega —Platón y Aristóteles—, asimilada por Roma: una concepción cabal del hombre que encuentra su modelo perenne y clásico en la lengua y literaturas griegas y latinas, la «Humanitas», formativas del hombre por sí mismas.

La Iglesia adopta esa cultura. Vuelca en la literatura su contenido divino-sobrenatural y logra su máxima expresión. Purifica la Filosofía y elabora con ella la organización científica del dogma, la Teología, que es divina por ser revelación, y humana, por sus principios de razón natural y su sistematización.

El cristianismo logra la rectificación, ampliación y profundización de la concepción del hombre corrigiendo los defectos de esta cultura, completando su carácter fragmentario (principalmente en lo tocante a la organización temporal de la vida humana en relación con Dios y la vida eterna) y asumiendo los valores parciales de otras culturas, constituyendo la cultura greco-latina-cristiana o cultura latina. Cultura que acaba el perfeccionamiento humano haciendo al hombre hijo de Dios e instaurando una cultura sobrenatural que no destruye lo humano, sino que lo corona y complementa.



Bajo el título «El Cristo revolucionario. Un análisis de la literatura rusa en orden a la historia del espíritu», Reinhard Lauer, en Eco, Revista de la Cultura de Occidente, de Bogotá (número 31, noviembre de 1962), ha publicado un artículo sobre un tema siempre apasionante.

La vuelta de Cristo y la «parusía» cristiana es una constante en casi todas las literaturas. Por dos veces, y conjugado con ideas sociales y revolucionarias, alcanza actualidad este motivo en las letras rusas: primero, a mediados del pasado siglo, cuando las ideas del socialismo

utópico francés penetraron en el pensamiento ruso, para permanecer durante algún tiempo en la concepción espiritual de los occidentales; la segunda vez, antes y después de la revolución de octubre, al entregarse parte de la «inteligencia» a un «mesianismo proletario» en el cual se entretrejan ideas cristianas kiliásticas y esperanzas ligadas a la revolución del proletariado. Decisivamente, y de forma continua, removió entonces los espíritus el interrogante de si Cristo estaría con los demócratas, con los socialistas, con el proletariado o con la revolución. La respuesta, en diferentes ocasiones, se produjo también diferentemente. La evolución del motivo, reflejada en la literatura, esclarece algunas importantes etapas de la historia del espíritu durante los últimos cien años.

Los antecedentes de la primera etapa hay que buscarlos en Fourier, el conde de Saint-Simon y George Sand. Sus ideas encuentran eco en la carta de Bielinsky a Gogol (1847): Cristo es el primer revolucionario; su doctrina se predica falseada. Tema que se repetirá en M. V. Buxtachevich, Petrashevsky, A. Grigoriev, S. F. Durov, A. N. Plescheyev y V. M. Mijailov: los sentimientos de Cristo, «hijo de la masa y demagogo», son relacionados paralelamente con los del oprimido. Cristo es un proletario y un profeta incomprendido; su doctrina es la de la libertad, la fraternidad y el amor; Cristo es una especie de «anticapitalista» que arroja del Templo a los mercaderes.

El tema de Cristo redivivo en Dostoyevsky es muy conocido por el capítulo «El Gran Inquisidor» de Los hermanos Karamazov, aunque aquí no es tanto el Cristo revolucionario del que se trata. N. Berdiayev ha hecho notar que el Gran Inquisidor ejemplifica tanto al teócrata como al comunista ateo.

La reiteración sobre el mismo motivo, ya en la segunda época, a más de ser un auténtico acto revolucionario contra el Estado zarista, significa también la secularización y politización de la figura de Cristo y su doctrina. Tanto el bando ortodoxo como el socialista pretenden tener a Cristo de su parte. Lunacharskiy, luego comisario del pueblo y responsable de la política cultural soviética, en su obra «Religión y socialismo» (1908), hace un intento en este sentido: ve en la clase obrera al nuevo Mesías; en la revolución, la resurrección de Cristo. En la revista de «Problemas vitales» se unifican las corrientes socialistas y religiosas merced a la pluma de D. Mereschkovskiy, Berdiayev, V. Ivaov, V. Briusov, A. Bieliy y A. Blok. En sus poemas se presenta a Cristo avanzando con una bandera roja delante de los soldados revolucionarios, o al Niño Jesús abandonando el icono para caer alcanzado por una bala, pero sin resurrección («El camarada», de S. Yesenin). «El misterio bufo» (1918), de Mayakovskiy, es un auto que muestra

el «camino de la revolución», y el «verdadero cielo terrenal», un auténtico «antimisterio con rasgos anticristianos».

Con la victoria del ateísmo en Rusia, después de la revolución, se despoja a Cristo de su divinidad, se considera su doctrina como superada por los acontecimientos revolucionarios y, finalmente, presentan a Cristo como enemigo de la revolución: un poema de Yesenin de 1918, «El paraíso de las máquinas», de A. K. Gastev; «El Mesías de hierro», de V. V. Kirilov; «Cristo ha resucitado», de D. Briedniy; la novela «Envidia» (1927), de Olescha. Así, la tesis del «Cristo revolucionario» de la primera época viene a convertirse en la tesis opuesta, «Cristo reaccionario».



Helio Alberto Scarabotolo hace en la revista *Universidad (Universidad Nacional del Litoral)*, en su número 53 (julio-septiembre, 1962), un detallado estudio sobre la «Evolución del teatro brasileño», de la que reseñamos las etapas más salientes.

El primer teatro en Brasil se debe a los jesuitas, y concretamente, al Padre José de Anchieta (1534-1597), apóstol en los desolados campos de la Serra do Mar, en la región comprendida entre Santos y São Paulo y en las costas del Estado de Espírito Santo. El problema era enseñar y atraer a la religión al indio y, también, purificar al colono portugués mediante el teatro. La primera obra así presentada en Brasil es el Auto de la predicación universal (1570), del Padre Anchieta. Este teatro catequético incorpora muy pronto elementos populares entresacados de la vida brasileña de la época («anhagás» o diablos, plumajes, expresiones tupís, etc.).

Logrado el objetivo propuesto, la catequización del indio, este teatro va decayendo, hasta desaparecer a fines del siglo XVII.

A mediados del XVIII, con el descubrimiento del oro y la subida del nivel económico, se multiplican las «Casas de Opera». En Río de Janeiro, el virrey construye un teatro junto al Palacio Real y paga el elenco teatral con los fondos públicos. Se representa a Molière, Goldoni, y a Claudio Manoel da Costa, Alvarenga Peixoto, etc.

El dramaturgo brasileño de la época es Antonio José de Silva («El Judío»), cuya obra más famosa y, para muchos, la mejor de habla portuguesa en el XVIII es «Guerras de Alecrin e da Mangerona».

El traslado de la corte portuguesa a Brasil supone un impulso definitivo. Teatro que necesariamente está ligado a las corrientes políticas sociales del momento: escuela romántica y nacionalismo. «Antonio José, ou o Poeta e a Inquisição», de Domingo José Gonçalves de Magalhaes, está considerada como la primera obra auténticamente

brasileña, y el dramaturgo Martins Pena, como el verdadero fundador del teatro nacional («O Juiz de Paz da Roça», «O Noviço» y «Os irmãos das almas»).

A partir de 1870, el teatro sufre las influencias de las nuevas corrientes literarias y filosóficas. Llega la ópera, la opereta y el teatro musical o «vaudeville», que encuentran expositores brasileños en Arthur Azevedo y França Junior; hay una reacción en contra, representada en José de Alencar, Joaquim Manoel de Macedo, Pinheiro Guimarães y Machado de Assis.

En el siglo XX se produce la revolución artística brasileña y el momento de la madurez, cristalizada en la «Semana de Arte Moderno» de 1922. De la crisis política, social y económica de 1930 surgió el dramaturgo Joracy Carmargo, autor de más de 50 obras teatrales, y, entre ellas, «Dios se lo pague», «El bobo del rey», «El burro» y «El Rey de los mendigos». Seguirá después el teatro «desagradable», incorporado a las tendencias más actuales, de Nelson Rodrigues («Vestido de novia», 1943), y el descubrimiento del Simbolismo y el Expresionismo por Ziembinsky, director y escenógrafo polaco. A partir de esta época, los autores y actores se forman en las mejores escuelas extranjeras, se crean los grupos teatrales universitarios y diferentes movimientos vocacionales, el gobierno erige organismos oficiales. Giraudoux y García Lorca influyen en Pedro Bloch y Henrique Pongetti. Brecht, O'Neill y Tennessee Williams, en Nelson Rodrigues y Silveira Sampaio. Guilherme Figueiredo («Un Dios durmió en mi casa», «La zorra y las uvas», etc.), Abilio Pereira de Almeida, etc., se sitúan en una línea independiente que ahonda los temas de costumbres y la tragedia de la vida burguesa o proletaria.



Frente a los innegables problemas que se plantean, lo que importa es que el teatro en el Brasil vive un momento de ebullición, de entusiasmo y de vitalidad.

En el «Boletín de la Universidad de Chile», Enrique Bello recoge, en un artículo titulado «La reforma universitaria en Cuba», las impresiones más salientes de su viaje por la isla y sus entrevistas con diferentes personalidades, especialmente con los rectores de las Universidades de La Habana y de Las Villas, señores Juan Marinello y De la Torre. Las bases ideológicas de la reforma universitaria, así como su planificación, nos son conocidas por el discurso de Dorticós en el homenaje a Julio Antonio Mella en el trigésimo tercer aniversario de su muerte, por los estatutos publicados en el diario «Hoy», de La Habana, el 18 de enero de 1962, y por el informe de la Comisión Nacional Cubana de

la Unesco para la Conferencia de Educación y Desarrollo Económico y Social, celebrada en Santiago de Chile del 5 al 19 de marzo de 1962. Puede interesar, no obstante, el conocimiento de algunos datos y, sobre todo, del factor humano en la reforma y la actual situación del estudiante cubano.

La reforma universitaria entró en vigor el 10 de enero de 1962 (año de la Planificación), y como resultado práctico del curso anterior, año de la Educación. Sus antecedentes últimos podrían buscarse en Julio Antonio Mella, muerto en 1927, portavoz en Cuba del manifiesto de los estudiantes argentinos de Córdoba el 21 de enero de 1918 y que constituyó la incorporación de la juventud iberoamericana en la política. Esta reforma fué elaborada a partir de 1960 por un grupo de profesores de la Universidades de Oriente, Las Villas y La Habana, hasta que se formó el Consejo Superior de Universidades, compuesto por cuatro representantes del Gobierno, cuatro de la Universidad de La Habana, cuatro de la Universidad de Oriente y cuatro de la Universidad de Las Villas, más dos suplentes.

Antes de la reforma no se prestaba ninguna, o casi ninguna, atención a las enseñanzas técnicas: agrícolas, zootécnicas, geológicas, etcétera; tan sólo en la Universidad de Oriente existía la carrera de minas. A partir de entonces se da gran importancia a la creación de Las Facultades de Tecnología. Antes, el 65 por 100 del estudiantado elegía las carreras clásicas; ahora, más de 65.000 estudiantes están inscritos en Las Facultades de Ciencias y Tecnología sólo en La Habana.

Hace unos años, solamente el 1 por 100 de la juventud llegaba a la Universidad; actualmente, concretamente en 1962, se concedieron 71.200 becas completas, que suponen gastos para manutención, vestir, etc., ya que la educación misma, matrículas, libros, etc., es completamente gratuita. Por el contrario, los sueldos de los profesores son notablemente elevados, prohibiéndoseles que den más de tres horas de clase diarias y más de diez a la semana.

Para incrementar la educación y las facilidades se han organizado múltiples cursos por correspondencia, y clases tanto diurnas como nocturnas para los trabajadores, funcionarios, etc. El peligro parece residir en que como el Gobierno da todas las oportunidades para facilitar trabajo a los estudiantes faltan, pese a las becas concedidas, los que se dediquen completamente al estudio, con peligro de que no se ahonde suficientemente en la investigación.

Por ahora se ha rebajado notablemente el nivel de estudios y las exigencias para ingresar en la Universidad con el objeto de dar las mayores facilidades y acelerar la preparación de técnicos. En los «Centros de Estudios Preparatorios» se forma a los alumnos en tres años

para los estudios superiores, con un carácter muy pragmático, desatendiendo estudios complementarios y culturales. Para 1970 se espera tener de ochenta a cien mil alumnos.

Los alumnos compiten en hacer horas extraordinarias de estudios. Una estudiante, que alcanzó la cifra de sesenta y seis horas, afirmaba que «el premio consiste en el estímulo de poder ser imitado».

Se han levantado numerosos laboratorios y bibliotecas. En todas las Universidades se dan clases de marxismo-leninismo y se invita a los alumnos reacios a contactos y discusiones con los profesores hasta ser convencidos.

Un sistema de tipo racional de evaluaciones del trabajo académico ha sustituido a los exámenes. Se permite la enseñanza a profesores extranjeros.

La cátedra no es vitalicia, se contrata al profesor por un año, condicionando futuras contrataciones al cumplimiento de los deberes de profesor e investigador. No se permite concentrar más de cien alumnos en clases regulares y no más de veinticinco en clases prácticas y laboratorios.



Con ocasión del IX Congreso Internacional de Lingüística, celebrado en Harvard, un grupo de profesores iberoamericanos se ha reunido y acordado, por unanimidad, constituir la «Asociación de Lingüística y Filología de América Latina». El primero de sus estatutos afirma que su objeto es «fomentar el progreso de la Lingüística y de la Filología de América latina, especialmente Lingüística General, la Lingüística Indígena y la Lingüística y Filología Hispánicas y Lusitanas».

Hasta la elección del Directorio definitivo, ostenta el cargo de secretario general de la Comisión Organizadora el señor don Gastón Carrillo, de Chile.



Se acaba de terminar la impresión del primer tomo de las «Obras» completas de don Miguel Antonio Caro. El colofón lleva la fecha del 15 de octubre de 1962. Esta edición de lujo consta de 52 páginas preliminares y 1.560 de texto, fuera de 33 páginas de índices.

Este primer volumen de las obras de Caro, que forma el cuarto de la Serie de Clásicos Colombianos, que publica el Instituto Caro y Cuervo, contiene los escritos de Caro sobre Filosofía, Religión y Pedagogía. Entre ellos merecen destacarse los más conocidos: «Estudios sobre el utilitarismo», «El informe sobre los elementos de ideología de Tracy», «Jesuitas y artesanos», «El partido católico», «Libertad de cultos», «El

darwinismo y las misiones», «Galileo», «La religión y las escuelas», «Instrucción laica» y la traducción de las «Cartas» del padre Lacordaire.

La edición ha sido dirigida por don Carlos Valderrama Andrade, quien preparó las notas bibliográficas y críticas, revisó las pruebas de imprenta y redactó el estudio preliminar, bajo el título: «El pensamiento de Miguel Antonio Caro.»



En toda la América latina la Encíclica «Mater et Magistra» ha tenido profundos ecos, comenta la revista francesa «Missi» en el número de febrero de 1963.

En Brasil, los obispos han insistido sobre el derecho estricto al justo salario. En Chile, el episcopado ha recomendado a todos los fieles el estudio de la Encíclica, a propósito de los angustiosos problemas del mundo rural y de las chabolas. En estos dos países se procura obtener resultados rápidos. En el norte brasileño, el P. Malo ha podido obtener una reforma agraria local; y el gobierno federal ha querido incluir los principios de la «Mater et Magistra» en una ley agraria, cuyo texto ha sido presentado a 150 obispos. En Chile, el presidente Alessandri felicitó, el primero, a Juan XXIII por la Encíclica. Los patronos cristianos de veintiún países del mundo se han reunido en Santiago, la capital, y han hecho de la «Mater et Magistra» la carta de su acción. Es verdad, sin embargo, que han sido los delegados europeos los que han insistido para obtener este resultado.

En Uruguay, donde el nivel de vida es relativamente elevado, ha habido un obispo que ha denunciado la dura condición que toca al grupo de «rancheros», campesinos del interior.

Aquí y allá, en Colombia, en Perú, en Chile, los obispos han distribuido sus bienes a los más desheredados. El de Medellín, en Colombia, ha llegado a dar su residencia. La Acción Católica de este mismo país ha tomado posiciones tajantes en favor de las tesis económicas y sociales de la Encíclica. Los sindicatos se han unido a este movimiento de ideas, que ha dado tenacidad a los patronos católicos, ante las reacciones anticatólicas de la mayoría de los empresarios.

En Costa Rica, el entusiasmo ha sido sin mezclas. Este país ha tenido siempre leyes sociales muy avanzadas, y los sindicatos se llaman frecuentemente «Rerum novarum», nombre de otra gran Encíclica sobre el trabajo. La «Mater et Magistra» ha sido el objeto de una gran fiesta en el curso de la cual el obispo de San José, la capital, tomó la palabra delante de tres mil cuadros sindicales.

En Venezuela, la «Mater et Magistra» ha tenido las más grandes

repercusiones, quizá porque Betancourt ha dado el tono y porque no solamente los movimientos católicos, sino también el Estado ha comprendido el imperativo social. La reforma agraria más seria de América ha sido aplicada en este país. No es por azar por lo que los comunistas dirigen sus ofensivas contra Venezuela—socialmente apasionado por el progreso (realizado fuera del PC)—más que contra los países burgueses, como el Perú, cuya población exprimida «parece a veces no tener otra alternativa que el comunismo» (palabras del arzobispo de Lima).

En todas partes, la palabra «nada de anticomunismo negativo» se añade a una neta condenación de los «ricos que se muestran como los bienhechores del pueblo, pero desprecian los derechos de la persona» (monseñor Brito, obispo de la República Dominicana).



Méjico es la sede del XIII Congreso Internacional de Filosofía, que se organiza para septiembre de 1963, bajo la presidencia de F. Larroyo. Las actividades del Congreso se ramificarán en sesiones plenarias, simposios, lectura y recensión de comunicaciones libres y conferencias.

Los temas elegidos para las sesiones plenarias son: «El problema del hombre», desde un enfoque antropológico, y «Crítica de la época», como una confrontación de los valores de oriente y occidente. Algunos de los temas de los symposios, dirigidos por especialistas de rango internacional, son: Filosofías orientales, Filosofía americana, Estética, Filosofía de las Ciencias, Filosofía y Lenguaje, Filosofía del Derecho y Lógica Matemática.



El R. P. Felipe McGregor, S. J., viceprovincial de la Compañía de Jesús en Perú, ha sido nombrado rector de la Pontificia Universidad Católica de su país, que educa a más de cinco mil alumnos. Sucede a monseñor Fidel Tubino como tercer rector de la Universidad, fundada en 1942. Durante el rectorado de monseñor Tubino, la institución triplicó su matrícula, hasta alcanzar la cifra actual, y aumentó en más de siete veces su presupuesto anual.

Hay en Iberoamérica veinticuatro universidades católicas—doce de ellas pontificias—que educan unos ciento cuarenta mil alumnos.



El Boletín de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, cuya sede está en la capital chilena, informa que unos cincuenta millones de latinoamericanos mayores de dieciocho años no saben leer ni escribir y que es probable que el número absoluto de analfabetos adultos esté aumentando en vez de disminuir.

Según el citado boletín de la CEPAL, más de quince millones de niños en edad escolar no reciben educación alguna por falta de escuelas y maestros o por la situación económica familiar y mal aprovechamiento de los recursos existentes. De unos veintiséis millones de niños que se inscriben en las escuelas primarias, sólo un 15 por 100 llega al sexto grado. Tan sólo 3,2 millones de niños y jóvenes continúan sus estudios secundarios o profesionales. De los ochenta y seis millones de jóvenes menores de quince años, mucho menos del 1 por 100 puede aspirar a una formación universitaria.

Hacen falta más de quinientos mil maestros, y la mitad de los que ejercen la profesión de educadores en centros primarios y, sobre todo, secundarios no tiene la preparación debida.

Supuesto que la planificación de la educación es uno de los problemas más graves que se presentan a Iberoamérica, la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Social, efectuada en Santiago de Chile en marzo de 1962, acordó la convocatoria de un curso de tres meses sobre Planificación de la Educación, que se ha celebrado de septiembre a diciembre pasados y al que asistieron veintinueve educadores de quince países iberoamericanos.



El I Seminario de la Oficina Católica Internacional del Cine para Iberoamérica se celebró en la casa de ejercicios «Villa María», situada a ocho kilómetros de Lima, del 29 de marzo al seis de abril.

La asamblea iberoamericana precede al Congreso Mundial de la OCIC, anunciado en Venecia para los días 12 al 19 de junio. Ambas reuniones se rigen por un mismo temario: producción, distribución, salas, cine-clubs, clasificación moral de las películas, legislación, apostolado cinematográfico y el cine como auxiliar de la labor pastoral y misionera.

El P. José F. Michenfelder, M. M., director del Centro de Información Católica del Perú, fué escogido para exponer en la reunión de Lima la importancia de los medios de difusión en el mundo actual: cine, radio, televisión y prensa.

Entre las diversas naciones participantes pueden mencionarse: Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.—CARLOS VARO.